

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*La guardia civil, por D. Antonio de Trueba.*—*Fátima, novela por D. Pedro de Prado y Torres.*—*Geroglífico.*

TEATRO PRINCIPAL.

Funcion del día de los Inocentes.—*LA VESTAL, ópera en tres actos, música del maestro Mercadante.*

Sabido es que el día de los Inocentes suele haber trasformacion de sexos, pero esta trasformacion por fortuna no pasa de los teatros. Lo demás fuera broma tan pesada que bien pudiera llamársela chasco. Quédense pues las cosas como se están, y bien provecho á cada cual le haga lo que le tocó en suerte.

Sin embargo, no están muy de acuerdo en este punto las costumbres teatrales, y así vemos que en algunas partes es solo el bello sexo quien toma á su cargo la funcion, sin admitir hombres para nada, al menos por aquel día, cuando en otras se trastruecan los papeles de todo punto. De lo primero hemos tenido este año un ejemplo en el Balon y de lo segundo en el Principal.

Fuerza es confesar, no obstante, que una funcion entera trabajada con arreglo á una ú otra condicion, si puede principiarse por hacer reir, termina por cansar al público. A fin de conciliar las exigencias propias del día con el solaz de la concurrencia, ideóse en el Principal un término medio que á todos pudiera satisfacer, y al efecto comenzóse por *Los Puritanos*, cantada casi en su totalidad, y ejecutada como Dios manda, dejando para el fin de la noche la seccion de pura broma, anunciada en verso, aunque con el suficiente rebozo para que á punto fijo nadie supiese lo que le esperaba, si bien lo sospechase mas ó menos.

Numeroso era el público: todos querian descifrar la charada, pero todos querian no menos oír música. La ópera se aplaudió grandemente, por-

ENERO.

que conviene saber que aquí va restableciéndose la buena y lógica costumbre de aplaudir lo que agrada, segun se hacia antes y segun se hace en todos los teatros del mundo. El telon se corrió entre los bravos y palmadas dados á Selva y Paccini, cuyo magnífico y bien cantado duo terminaba la parte seria del espectáculo, y un cuarto de hora despues

*il bronzo funebre
suonò la terza volta,*

oyóse la campanilla, el telon tornó á subir, y el Sr. Bottardi, con sus respetables bigotes en marriage con una enorme papalina, salió á cantar la conocida cavatina del Barbero,

*Il vecchiotto cerca moglie,
vuol marito la ragazza.*

Duraban aun las risas, cuando con grave paso y largas hopalandas se presentó la Sra. Paradisi y cantó el aria de D. Basilio en la ya citada ópera.

Tocóle en seguida la vez á la Sra. Peruzzi y al Sr. Landi, aquella embozada en su capa parda y con el calañé sobre la oreja, y este hecho toda una maja de rumbo con muchos moños y muchos caireles; equipo que si no armonizaba gran cosa con el bigote y la pera, perdonábase en gracia del aspecto de crudeza que por ello adquiria la *Lagartija*, la tierna y pudorosa amante del *Repampliyao*, héroes ambos de *El tio Caniyitas*.

A breve rato Figaro, compendiado en la Sra. Tortolini, y la bella Rosina, que habia adquirido las robustas proporciones y las pobladas barbas del Sr. Paccini, se presentaron á cantar el conocido duo de la consabida ópera; pero con tales quiebros y melindres, que hicieron promover grandemente la hilaridad del público.

Despues de haber cantado el sereno las once y media, apareció un campo lleno de riscos y de matorrals. Suponíase ser de noche, y varios hombres vestidos con sacos dormian esparcidos acá y allá. El Sr. Nottoli aparece y llama á dos de ellos, que traen una caja, dentro de la cual se encierra un lienzo pintado y un libro. Despues de muchas exclamaciones ininteligibles y de varias escenas mudas

de asombro, trepan con la caja por uno de los riscos; los que duermen se levantan despavoridos y huyen; los espectadores, fijos en sus asientos, aguardan algo que les explique lo que no han comprendido aun; entonces uno de los durmientes, puesto en pié prorrumpe en estas solemnes palabras: "Señores, esto se acabó." La inocentada se habia consumado al parecer; pero aun quedaba algo: no bien el público se preparaba á abandonar el teatro, este quedó en gran parte á oscuras. El gas tambien tuvo su participacion en la broma.

Una cosa se consiguió aquella noche, y cuenta que es de las difícilísimas de conseguir aquí: esta fué el que todos los concurrentes permaneciesen en sus asientos hasta el fin de la funcion. En sabiendo en lo que aquello queda, en sabiendo que muere el tenor ó que se casa la tiple, ya no hay nada que á muchos los sugete allí. Bien se puede cantar despues el mejor rondó del mundo; quedarán dos docenas de verdaderos aficionados para aplaudir y gozar, y aun eso bien imperfectamente, porque el ruido de los que salen y la molestia que ocasionan los que por delante pasan, perturban al artista, distraen forzosamente al espectador y le hacen perder acaso las mejores notas. Esto, ya que no es inocentada, es droga mayúscula.

Pasemos á decir algo de la novedad lírica de la semana. *La Vestal* en efecto puede llamarse así, toda vez que hace ya muchos años que no se egecuta.

El género grave y austero á que pertenece esta produccion, y el carácter general de la música de Mercadante, menos popular que la de otros autores, hacian temer que ella no alcanzase el éxito que justísimamente merece por sus grandes dotes de armonía y por la superior inteligencia en el arte que todas sus piezas revelan.

Hubo un momento en que creimos fundado aquel temor, vista la frialdad con que se oyó el aria de salida de la Sra. Peruzzi, no obstante que fué ejecutada por dicha Sra. con toda la espresion vehementemente, con toda la singular maestría que acostumbra. Nada habia, pues, que objetar á la egecucion. ¿Era que la música no agradaba, ó era que no se le habia tomado aun el sabor? A dicha fué lo segundo. Landi en su duo con el Sr. Brandi estuvo valiente, dió notas magníficas, y este primer aplauso fué la señal de otros muchos. El final del acto segundo, el del primer cuadro del tercero, soberbio trozo de música enaltecido por la manera con que lo egecutó el Sr. Selva, el duo de tiple y tenor, y el aria de tiple final, escrita por el Sr. Lamadrid y sustituida al duo entre Emilia y Júnia, fueron aplaudidísimos, y tanto á la conclusion de la ópera como á la de algunos actos se llamó á los actores á la escena. *La Vestal* se habia salvado, líricamente se entiende.

El público, que tantas simpatías muestra al Sr. Paccini, habria deseado oirlo en esta ópera. Díjose que el no habérsele encargado el papel era por la necesidad de darle descanso; razon muy atendible, puesto que además cuando un cantante toma parte en todas ó en las mas de las producciones, una enfermedad suya hace imposible la egecucion del re-

pertorio, y en tal caso habria que suspender las funciones. Si es así, el Sr. Paccini creemos que agradecerá á la empresa su miramiento y al público su deseo.

La ópera se ha puesto en escena con bastante aparato. Música en el escenario, liectores, águilas, atributos de Vesta, una buena decoracion del maglgrado y distinguido profesor D. Diego María del Valle, cuya reciente pérdida lloran las artes, todo en fin cuanto permite el mezquino y ahogado escenario de este coliseo, se ha hecho para prestar un aliciente mas á esta produccion, á la que auguramos crecientes triunfos, tan luego como vaya siendo mas saboreada del público.

No se dirá que la empresa actual se duerme ni que huelgan los cantantes. La actividad de aquella se muestra por el número de óperas presentadas en lo que va de temporada, y el celo de estos en la precision y exactitud con que todos contribuyen á la unidad del conjunto, fuera del estudio individual de sus respectivos papeles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA GUARDIA CIVIL.

I.

Pobre cantor vagabundo,
del palacio á la cabaña
voy solícito buscando
la virtud para cantarla;
y donde la hallo, la canto
con el corazon y el alma.
Ni al rico ni al pobre adulo,
que mi pobreza me basta
para seguir poco á poco
por este valle de lágrimas.
Si caigo y un caminante
á levantarme se pára,
poso agradecido el labio
en la mano que me alargan;
pero no me quejo nunca
de los que de largo pasan.
Mis ambiciones de gloria
son las de hacer mi jornada
con la conciencia tranquila,
con el corazon sin mancha.
Dios me dé una pobre choza
en mis queridas montañas,
donde manzanas y guindas
coja desde la ventana;
donde oiga cantar los pájaros
al despuntar la alborada!
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
alguien dirá:—"En esa fosa
un hombre honrado descansa"
y ese es mi único deseo,
esa mi única esperanza,
que siempre he vivido libre
de vanidades mundanas.

II.

Luchó iracundo el hermano

con el hermano en mi patria,
y allá en los campos benditos
que fierro y virtudes guardan,
los que lucharon Caines,
mansos Abeles se abrazan.
Pero la sangrienta lucha
dejó sembrado en España
el gérmen de las pasiones
rapaces y sanguinarias;
y gimió el bueno, oprimido
por la maldad despiadada.
Oyóla Isabel la buena,
la compasiva, la magna,
y de sus ojos de cielo
brotaron piadosas lágrimas
que se cernió el infortunio
sobre su cuna dorada.
"Exista, dijo, en la tierra
bendita, leal, hidalga,
donde la *santa hermandad*
existió en la edad pasada,
un poder que al bueno sirva
de perenne salvaguardia.
Quiero que ese poder rijas
tú, noble duque de Ahumada:
tú que eres buen caballero
y de gloriosa prosapia;
tú que eres dos veces noble,
por la cuna y por el alma."
Un grito de regocijo
resonó en mi dulce patria,
y á la voz de Isabel, fué
la Guardia civil creada,
y al verla el pueblo español
cantó lleno de esperanza:
—*Viva la Guardia civil*
porque es la gloria de España!

III.

La nieve cubre los puertos,
el helado cierzo brama,
ruedan desde las alturas
aludes como montañas,
está el camino obstruido,
la luz del día se apaga,
rugen en los matorrales
las hambrientas alimañas,
y por todas partes reina
una soledad que espanta.
¡Pobres de los caminantes
que prosigan su jornada!
Mas.... ¿qué bultos son aquellos
que en la nieve se destacan
y bregan á fin de alzarse
y caen apenas se alzan?
Son dos pobres transeuntes
que han perdido la esperanza
de tornar á sus hogares
donde el amor los aguarda;
donde, mirando si viene
el dulce esposo del alma,
una mujer está puesta
de pechos á la ventana!
Ay míseros transeuntes!
pronto acabarán sus ansias,
que la sangre de sus venas
se paraliza y se cuaja,
y las fuerzas faltan á ambos,
y hasta el aliento les falta!
Ay míseros transeuntes!

poned en Dios la esperanza
y no dirijais al valle
la moribunda mirada!
—Señor! dicen con voz débil,
somos la única esperanza
de los seres desvalidos
que allá abajo nos aguardan!
no permitas que esos seres
en el desamparo yazgan!"—
Dios que escucha el infortunio
dos salvadores les manda,
pues luchando con el cierzo
que entre la nieve los lanza,
con el pecho jadeante
y la faz amoratada
trepan dos guardia civiles
á la fragosa montaña.
Si la ventisca los hiela,
la caridad los inflama!
Exánimes y ateridos
á los caminantes hallan;
y ellos, valientes soldados,
que en cien sangrientas batallas
hollaron muertos y heridos
sin derramar una lágrima,
ante aquel triste espectáculo
compasivos las derraman!
A aquellos cuerpos inertes
calor, abrigo les falta,
y del glorioso uniforme
despojándose los guardias,
esponen su propia vida
para conservar la estraña,
nuevos Martines que parten
con Jesucristo la capa!
El viento arrecia, la nieve
sepultarlos amenaza,
cierra la noche y las fieras
en los matorrales braman....
A los pobres caminantes
toman en hombros los guardias
cual tomó el buen caballero,
el de la invencible espada,
el Cid, al divino Lázaro
en la selva solitaria;
y así cargados, con ellos
descienden de la montaña
aquellos sublimes héroes
de la caridad cristiana,
con el cansancio en el cuerpo,
y la alegría en el alma;
y al verlos el pueblo grita
desde puertas y ventanas:
—*Viva la Guardia Civil*
porque es la gloria de España!

IV.

En una pobre vivienda
yace en el lecho postrada
una mujer, tan doliente
del cuerpo como del alma;
al lado del pobre lecho
está pensativo un guardia
y tres niños, mas hermosos
que tres luceros del alba,
suspiran medio dormidos
en un rincón de la estancia.
—Hijos, es ya media noche.
¿Por qué no os vais á la cama?
—Madre, queremos cenar!

—No cenásteis?

—Casi nada!
Queremos mas pan!

—Pero hijos,
¿no veis que no hay mas en casa?

—Pues yo quiero pan!

—Y yo!

—Y yo!
—Jesús, qué matraca!

No me rompais la cabeza!

—Tengamos paciencia, Clara.

Mira que si te incomodas

te vas á poner mas mala.

—Ay Juan! el caso es que tienen

las pobres criaturas harta

razon para pedir pan

y tendrán aun mas mañana.

—Pediré á mis compañeros

para comprar en la plaza,

y creo me lo darán,

porque en el cuerpo, á Dios gracias,

las almas buenas abundan

y la caridad no falta.

—Pero hemos cansado tanto!

—Los buenos nunca se cansan.

—Ay! estas enfermedades

son la ruina de las casas!

—Clara, por Dios, no te aflijas,

que no nos faltará nada.—

Y al pobre guardia civil

se le saltaron las lágrimas,

que tambien estaba falto

su corazon de esperanza.

Despues, oyendo las doce

en una iglesia cercana,

se despidió con un beso

de las prendas de su alma,

y el servicio de parejas

poco despues comenzaba.

Estaban ocho bandidos

ocultos en unas matas

y á Juan y su compañero

hicieron una descarga;

pero los buenos arrostran

los puñales y las balas

cuando el honor los anima,

cuando el honor se lo manda,

y lejos de intimidarse,

acometieron los guardias

y se trabó la pelea

aunque desigual, porfiada.

Seis bandidos entregaron

allí á Lucifer el alma,

y mientras su compañero

al sétimo maniataba,

Juan maniataba al octavo

en la arboleda cercana.

—Cien onzas le doy á usted

si consiente que me vaya.

—Aunque me dé usted doscientas.

—Muchas tiene usted en casa!

—Suplico á usted que se calle,

pues me ofenden sus palabras.

—Pero quién ha de saberlo?

—Mi conciencia y eso basta.

Ande usted delante!

—Y Juan

se une con su camarada
y escoltando á los bandidos
entran en el pueblo al alba;
circulan de boca en boca

las nuevas de aquella hazaña
y el pueblo viéndose libre
de los bandidos, esclama:
—Viva la Guardia civil
porque es la gloria de España!

V.

Feliz el pueblo que puede
dormir en la confianza
de que hay un ángel custodio
que le cubre con sus alas!
Ya reduzcan á cenizas
los edificios las llamas,
ya la corriente del rio
las poblaciones invada,
ya el infeliz traginero
se hunda en simas ó barrancas,
ya carezca el caminante
de alimento ó de posada,
ya el puñal del asesino
atente á la vida humana,
siempre la Guardia civil
cual la paloma del arca,
en medio del cataclismo
es nuncio de la esperanza;
y por eso en todas partes
bendiciones la acompañan,
por eso Dios la protege
cuando al peligro se lanza,
por eso la canto yo
con el corazon y el alma.

ANTONIO DE TRUEBA.

FATIMA.

*Episodios é intrigas del Serrallo en la corte otomana,
bajo el reinado del sultan Mahomed II.*

NOVELA

POR

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(CONTINUACION.)

—¿En qué consiste que los piés pequeños lla-
men tanto la atencion, Abed-Ker?

—Tengo para mí, Fátima, que ese gusto está
fundado en ciertos principios de delicadeza: en
efecto, ¿qué demuestra un pié largo y ancho? por
lo regular un bajo nacimiento, y una vida ejerci-
tada en trabajos penosos, ó bien una total negli-
gencia de lo que puede contribuir á la hermosura:
nada mas encantador por el contrario, que un pié
pequeño encerrado en un calzado limpio y bien he-
cho. A propósito, te voy á referir lo que suponen
que aconteció á cierta célebre cortesana.

III.

Llamábase Rodope, la que hizo edificar una de
aquellas famosas pirámides de Egipto á espensas de
sus numerosos amantes, y del exceso de sus mismas
liberalidades. En su origen esa jóven fué ignorada,

y era natural de Naucrates, ciudad del Egipto. Parece ser que, bañándose un día en el Nilo, fué un águila y arrebató una de sus chinelas, la que trasportó á Menfis dejándola por último caer al acaso sobre las rodillas del rey, á tiempo que daba audiencia segun usanza en la plaza pública. Sorprendióle al monarca tan casual suceso, y fijando la consideracion en aquella delicada babucha, sacó en consecuencia la del pié á que debía pertenecer, que sintió vivo deseo en descubrir; al efecto, destacó comisionados, con órdenes terminantes, quienes despues de esquisitas pesquisas descubrieron por fin el paradero de Rodope, á quien condujeron á la presencia del rey; éste quedó luego prendado de todos sus demás atractivos; ella le robó primero el corazon, y él la entregó despues su mano....

—¿Sabes, repuso Fátima, que aquel pié enano anduvo á paso de gigante al templo de la fortuna?....

—Bajo tus plantas, bella Fátima, hechas para hollar el trono; deben brotar las flores y nacer los placeres....

—Eres demasiado galante para ser un filósofo....

—Hoy me retiro; pues debes necesitar algun reposo....

—Mañana espero que me expliques los principios y motivos de la flaqueza.

IV.

—Bellísima odalisca; habrás de dispensarme por lo poco halagüeño y poético del retrato que voy á bosquejarte de la flaqueza; pues al lanzar una repugnante mirada sobre ella, creo ver personificados el hambre, la envidia, los celos y las enfermedades; en este deplorable estado del cuerpo, si es estrechado, se alarga el rostro, se hunden los ojos, se agranda la boca, se elevan los huesos, y salen al parecer de sus articulaciones, y viene á ser una fantasma que inspira pavor....

—Detente, Abed-Ker! este cuadro me causa crispatura de nervios, interrumpió Fátima: y veamos si prescribes un remedio contra tantos males.

—Así haré; pero me permitirás, á fin de proceder con cierto método, que descubra el origen de la flaqueza general; esta estriba en aquel estado del cuerpo en que el tejido celular oleoso se halla casi destruido; dejando aparte la enumeracion de estas causas, como la tisis, la hidropesía, las consumciones, &c., &c., diré que el médico debe emplear los mayores resortes de la ciencia, desentendiéndose entonces de la hermosura, para consagrarse á dar la salud que es antes que aquella. El estado de flaqueza á que yo me voy á concretar para citar un ejemplo, es de la que puede sobrevenir sin ninguna alteracion sensible á la salud: el etiope que habita un clima sumamente cálido y seco, es de pocas carnes, y lo mismo acontece al labrador que trabaja mucho y se alimenta rústicamente. Los jóvenes lascivos tienen el rostro pálido y desencajado; y las personas que poseen pasiones muy vivas suelen ser delgadas y descolori-

das. Aquí creo que viene de molde la historia de la hija de un rico *Sanguiac* (gobernador turco) que yo mismo conocí, y asistí en sus dolencias en Arabia.

V.

La rosa y la grana que naturalmente teñian las mejillas y los labios de Zélida, denotaban á las claras su robusta salud, y la dulce calma que reinaba en su corazon: (la misma que dista mucho del mio, Fátima!....) Era Zélida por todos conceptos tan bella, que se atrajo con las miradas las simpatías del pueblo entero.

Halí, era un joven de la misma ciudad, á quien ella creia *buenamente su amigo*; pero que en realidad era dueño de su corazon, y lo merecia, por sus buenas prendas, su grata presencia, su carácter afable y la delicadeza de su buen talento. Halí tuvo que ausentarse. Zélida no iba ya á poderle ver y hablar todos los días.... hasta entonces no habia sospechado Zélida que lo que ella llamaba *amistad* era *amor*.

Habiendo escogido Halí la profesion militar, y acabándose de declarar la guerra con la Persia, un decreto de la Puerta Otomana le obligaba á marchar como formando parte de las tropas que iban á entrar en campaña.

La hora fatal se acercaba rápidamente; ¡adios dulcísima costumbre de vivir cerca de Zélida! Por otra parte, Halí era bizarro, y sentíase arrastrado por el deseo de acometer grandes hazañas; un vago, fatal presentimiento, tenia empero, de que no habia de volverla á ver, y que la dejaba espuesta tal vez á las asechanzas de algun rival. Sacando fuerzas de flaqueza él, que necesitaba de tanto consuelo, procuraba proporcionárselo á ella, diciéndola que era preciso resignarse á los inexorables decretos del destino; que ya sabia que su corazon la pertenecia; pero que la patria amenazada reclamaba su brazo en aquellos momentos.

A partir de aquel instante, tórbase Zélida visiblemente, dan principio sus penas, no pudo hablar, su dolor era silencioso, y un hondo suspiro fué el precursor de sus lágrimas. En vano apuraba su elocuencia Halí, en vano la decia:

—Por grande que sea tu pena, lo es mayor la mia, Zélida; con todo, eres demasiado cuerda al propio tiempo para oponerte á que cumpla con mis deberes, y cuanto mas cubierto de gloria vuelva á tus brazos, tanto mas digno será de tu amor; por lo demás, vive segura que esta mano despues de haber sabido fijar la victoria, solo de tí anhelará recibir la recompensa.

El padre de la cuitada joven se presentó á tiempo para ser testigo del último abrazo de aquellos dos tiernos amantes, nacidos para no separarse jamás, y arrancados bruscamente del lado el uno del otro; ella se retiró confusa y agitada á su aposento; pasaron dias, y empeoraba su situacion; el sueño huyó de sus ojos; la palidez del jazmin sustituyó á las rosas de sus mejillas; y su robustez fué

poco á poco minada por una fiebre lenta y pertinaz.

Halló encaminóse, con frente serena, al campo de batalla: al que supo triunfar de sí mismo, y resistir á los ruegos de Zélida, cualquier hazaña le parecía fácil. Animado con la esperanza, (aunque mezclada con algun recelo), de tornar á los brazos de su amada, cuanto antes, no pensó perder tiempo; muy pronto cree hallar una ocasión propicia: la aprovecha, se bate contra tropas muy superiores en número, con un puñado de gente, y después de muertos, todos los suyos, y de desesperados actos de valor, habiendo hecho un gran destrozo, se encuentra solo, y rodeado de gran número de enemigos que se disputan el gusto de matarlo; toda resistencia era ya inútil, un tártaro le clavó un puñal en el corazón; y aquel bizarro mancebo digno de mejor suerte, espiró pronunciando el nombre de Zélida.

Por grandes que fuesen las precauciones que tomó su padre para darla esa fatal noticia, cayó gravemente enferma: entonces fué, Fátima, cuando fué llamado como facultativo en casa del *Sanguiac*. Si puede llamarse vivir el pasar sus días en la tristura y el dolor, yo la volví á la vida; pero por mas que la hice mudar de país apartándola de los sitios que avivaban el recuerdo que tanto daño la hacia, el dardo de que estaba herida la seguía á todas partes, y mi arte no pudo cerrar enteramente la herida de su corazón.

Cuando yo dejé de asistirla, estaba tan flaca y es-tenuada, que parecía un espectro; sus cabellos antes rubios se habían vuelto negros; y sus ojos rasgados y negros, parecían débiles y vacilantes luces brillando en lontananza á través de las tinieblas de una noche oscura.

—Me conmueve en sumo grado, observó Fátima, la malhadada suerte de Zélida, y comprendo todos los estragos de esas grandes pasiones. ¿Pero qué remedio? hemos de ser por ventura insensibles? Abed-Ker, ¿quién sabe si no verás tú algun día marchitarse las gracias que crees encontrar en Fátima?...

—¡Ah! exclamó á su vez Abed-Ker; ¡si existe en la tierra algun dichoso mortal que deba inspirarte sentimientos de ternura, que sea al menos aquel cuya vida, cuya luz, y cuya alma tú eres...

—¡Calla por tú vida!, exclamó alarmada la odalisca: ¿No ves que *Kistaa-Agasi*, (el guardian de las vírgenes, ó superintendente de las salas de las mujeres), puede oírte, y que pagarias con la vida cualquier sospecha que el eunuco infundiese en el ánimo de Mahomet referente á nuestra conducta? Volvamos si te place á Zélida...

—Su historia queda terminada: ella vivió algunos años, y aun recobró parte de su belleza, en la disminucion de su flaqueza; pero, reservaré los procedimientos de que me valí por pertenecer enteramente á la region científica, y que los detalles en que tendria que entrar, tal vez te causarian hastío.

VI.

—Desisto, Fátima, de estenderme en algunas es-

plicaciones sobre *la flaqueza parcial*, de algunos miembros del cuerpo; tal vez te ahorre un rato de fastidio; pues recuerdo que ya restablecido, hoy mismo debe presentarse Mahomet al *divan*, (1) dijo Abed-Ker entrando en la estancia de la odalisca.

—En efecto, repuso Fátima, y de seguro me vendrá á ver. Hasta mañana, pues, y no dejes de procurar ganarte la confianza del *Hastaler-Agasi*. (2) Abed-Ker así lo prometió, y se ausentó de aquel, para él, sitio de delicias.

Mahomet II entró acto continuo en el *divan*. (3) —Era de mediana estatura, bien proporcionado, y dotado de un temperamento vigoroso y á propósito para sobrellevar la mayores fatigas de la guerra. Jamás habia sido alterada su salud, excepto en la reciente ocasión, cuando Abed-Ker le arrancó tan oportuna y acertadamente de entre las garras de la muerte. Su rostro de color cetrino, con cejas muy pobladas, debajo de las cuales como entre un bosque relucian dos ojos con fulgor siniestro; su corazón era tan duro como su mirada; su nariz aguileña, su boca grande, y barba pronunciada; su aspecto en conjunto era para inspirar desconfianza y recelo; por lo demás, era colérico, arrebatado. Tan ambicioso como Alejandro, y guerrero como César, reunía á la vez las virtudes y los vicios mas opuestos entre sí; una rara amalgama de buenas y malas cualidades; tan pronto se apoderaba de su corazón la dulzura y la cólera, como la clemencia y la crueldad; los vicios, eran el resultado de su temperamento; y las virtudes, eran en él, el fruto de sus reflexiones y de su política.

Aquel hombre avezado á las campañas, del mismo modo sitiaba un corazón, que bloqueaba una plaza; acostumbrado á hallar poca resistencia, soldado atrevido y emprendedor, siempre victorioso, veía temblar á sus enemigos al pronunciar su nombre. Tocante á las mujeres las trataba cual viles esclavas: solo Fátima entre todas pudo en un instante encadenar á tan indomable león, pues desde el momento en que la vió por vez primera, él, que nunca habia sentido para otras beldades mas que aquel fuego impetuoso que una sangre ardiente enciende en las venas, por ésta vez probó las dulces sensaciones de un honesto amor, y acercándose á ella con respeto

—"Yo sujeto," la dijo, por miedo á los hombres que me sirven, pero tú sometes los corazones á las trabas del amor: reina sobre mí, y todo mi imperio te quedará sometido, y por mi parte, para ser rey del universo, solo me falta reinar sobre tu divino corazón.

—Fátima conmovida, llena de timidez, pudo balbucear apenas algunas frases. "Señor," dijo; solo

(1) El Consejo de Estado ó seáse el Supremo Consejo.

(2) Jefe de la enfermería del serrallo.

(3) A continuación vá el verdadero retrato descriptivo, sacado de la historia de Mahomet II: *Boiue* (el grande) nació en Andronópolis á 24 de Marzo de 1430. Sucedió á su padre Amurat II en 1451.

tus bondades, y tu generosidad sin límites, pueden dictarte palabras que tanto halaguen el orgullo de una humilde criatura, cuya condicion dista tanto de la tuya!...

—El verdadero amor, replicó aquel, nivela todas las clases, y si alguno hay que deba recelar de no ser amado por su misma persona, es á no dudar el jefe del poder supremo á quien los súbditos acatan por la fuerza, por el interés, y por temor; pero escaso número por verdadera adhesión. ¡Reina tú, pues, y manda en este palacio donde tú sabrás hacerte amar, y donde todos se apresurarán á quererte agradar, y obedecer tus órdenes!

Por demás nos parece decir que lo que indicó Mahomet se cumplió al punto: la pobre Fátima cual trémula paloma entró en aquella dorada prisión: por su parte aquel descuidó algún tanto las riendas del gobierno para manejar las de los festejos, y dirigir las zambras y los sarás, los conciertos y los banquetes. Mahomet cual otro Hércules hilando á los piés de Omfale pensaba únicamente en pasar sus días deliciosos y tranquilamente á los piés de Fátima; allí recibió ésta los homenajes de sus competidoras que acudían presurosas á juzgar por sí de una hermosura que suponían no tener rival en los serrillos; y algunas no pudieron menos, (mal disimulando su envidia), de confesar que la conceptuaban digna del *pañuelo*. —Otras, empero, la atribuían defectos que no tenía. Irene, la favorita, resuelta á todo trance, á conservar el corazón del Sultan que creyó sola poseer hasta aquel día fatal para ella, empezó á intrigar. Su rango la dispensaba de ir á ver á Fátima como las demás; pero ahogando su despecho, y con aparente calma y fingida sinceridad, fué á visitar á la nueva *odalisca*, y cumplimentóla por las gracias con que plugo dotarla la naturaleza; á las pocas visitas, despues de colmarla de elogios, y de haberse captado algun tanto su benevolencia, é insinuándose en su confianza, la llamó aparte, y la habló así:

—Hermosa amiga mia; yo conozco perfectamente los sentimientos del Sultan respecto de tí, y aunque tal vez á mí me amó con mas frenesí, jamás lo efectuó con tanta delicadeza; yo no quiero hacerte un crimen de una cosa de que solo tienen culpa los dioses que te hicieron tan bella; pero contéstame ingenuamente. ¿Podré yo sin proferir la menor queja resignarme á verme despreciada? ¿Yo, que de veras le amo: yo que supe calmar sus furores; yo, que supe doblegar su carácter altivo, y fijar sus caprichos, con mi docilidad, paciencia y constancia? ¡ah! una sola mirada tuya ha bastado para echar por tierra todos mis inocentes sacrificios, robándome á un héroe que, lo repito, amaba de veras apesar de sus defectos. Bien veo la habilidad con que sabes manejarte retardando, (porque él te deja libre de poder hacerlo) el completar su felicidad, en lo cual convengo tendrá no pequeña parte el pudor, las inocentes costumbres de la niñez, y cierto vago temor y recelo; pero no lo dudes; impaciente ya Mahomet, no tardará en precipitar ese momento que Iréne teme mas que tú misma, pues que la privará para siempre de un amante que te

hará á tu vez partícipe de los honores del trono de uno de los mayores conquistadores del universo: calma, yo te lo ruego, las inquietudes de una amante desdichada; pues no creo que tu corazón á sabiendas quiera ser causa del infortunio y de la muerte de Irene; ¿debo yo temer esto de tí?... ¡habla por tu vida!

—No sé, amable Sultana, respondió Fátima, si cometo una indiscreción al hablarte con entera expansión, pero quisiera que no dudaras de la sinceridad de mis palabras: declárote solemnemente que no habiendo solicitado, ni aspirado á los honores que me destinan, ninguna pena me causaría el que se me privase de ellos. El amor del Sultan nada interesa á mi corazón, sus beneficios me turban sin conmovirme, y su indiferencia de seguro me inquietaría muchísimo menos que su pasión. —Despues de añadir otras razones, levantóse la Sultana Irene para retirarse, y satisfecha al parecer de las esplicaciones de Fátima, la abrazó, brindándola con su buena amistad.

Mientras tanto, Mahomet andaba buscando nuevos medios para agradar á Fátima. Hizo construir el *Geni-Sarái* (nuevo serrallo), allí nada se escaseó: grandeza, magnificencia, vastas habitaciones, ricos muebles, y hermosos jardines. Para realizar su intento, se aconsejó de Ibrahim Bajá, que estuvo al servicio de la *despensa* (esto es, de las princesas griegas), que lo era María madrastra del Sultan. En poco tiempo estuvo Fátima alojada en el *Geni-Sarái* con toda su comitiva. En este ínterin ocurrió la peligrosa enfermedad de Mahomet, de modo que la primera vez que entró éste en el nuevo serrallo, fué despues de su convalecencia, y la hizo una visita muy corta á causa de los muchos asuntos pendientes en el gobierno que tenía que despachar. Esta visita á Fátima se la hizo á la salida del diván, donde decimos al principio de este capítulo que asistió cuando bosquejamos su retrato.

—Tú eres, la dijo el Sultan, en aquella corta entrevista, el principal adorno, el florón de mi imperio, y este soberbio palacio que hice edificar para tí, fuera triste morada si no la iluminase tu presencia. ¡Cuánto esfuerzo no me cuesta tenerme que ausentar de tí ahora por algun tiempo! ¡Pero me es forzoso ir á presentar las tropas al enemigo pues acabo de firmar en el diván la declaración de guerra contra *Scanderberg*, y muy luego prometo venir á postrarme á tus piés en solicitud de la recompensa de tanto amor!

Fátima, que distaba mucho de sentir hácia el Sultan aquel fuego en que secretamente ardía su pecho por Abed-Ker, respondió con política y sagacidad; pero no dictó el amor su lenguaje. —Yo no quiero, repuso entre otras cosas; oponer obstáculos á tu gloria, gran Sultan, pues la afrenta recaería lo mismo, sobre el que la recibe como sobre el que la causa: con todo, me atreveré á rogarte que procures conservar una vida tan preciosa para tus estados; y que tus pueblos deben hoy á la ciencia de Abed-Ker; estremeciéndose al pronunciar un nombre tan querido, recelosa de que el Sultan adivinase su pasión en el temblor de su voz; pero este

solo interpretó favorablemente para él aquella emoción, y se retiró, firme en su propósito de no obtener nada sino de la liberalidad, y reconocimiento de su favorita, que creyó empezaba ya á amarle.

VII.

Al siguiente día Mahomet II, al frente de 200,000 hombres, marchó á las llanuras de la Albania para sitiar la ciudad de *Croya* capital de los estados de *Scanderberg*, situada en una boca muy escarpada que la hacia inespugnable, ó al menos casi imposible de tomarse á no ser por hambre; era la segunda vez que el Sultan tentaba esta empresa habiéndola acometido por primera vez bajo las órdenes de su padre Amurat II, á quien costó la vida el sentimiento y la vergüenza que le causó tenerse que retirar vencido y con la pérdida de considerables tropas (1).

Los ejércitos turcos probablemente hubieran envuelto al enemigo en campo raso, pero el rey de los Albaneses supo aprovecharse de la laberíntica disposición de un país cercado de frondosos bosques, de montañas casi inaccesibles, y de escabrosos desfiladeros. Así destruía al enemigo incesantemente y por movimientos estratégicos tan rápidos é inesperados como bien combinados, ora en emboscadas de donde salía como por ensalmo cayendo sobre ellos con el ímpetu de un devastador torrente; logrando de este modo economizar la sangre de sus soldados, defender la independencia de su reino, y oponer una barrera impenetrable á la ambición del emperador otomano.

Mahomet II, como ya indicamos, acampó su ejército á tiro de cañon de *Croya*, y acto continuo visitó en persona las avenidas de la plaza, intimando su rendición; pero esta vez, como la primera, se hallaba de humor de defenderse con la bravura característica de los naturales de la Albania, contestando á la intimación con el estruendo de los cañones y una lluvia de flechas, (aun se usaban en aquella época); á tal réplica seguía una salida del enemigo que hizo notable destrozo en las filas del campamento turco. El Sultan estrechó á los sitiados con ataques muy vivos; mas trascurridas algunas semanas de este modo, y conociendo Mahomet II que la conquista de la Albania, que él juzgó al principio cuestión de pocos días, le habia de costar por lo menos un año, prefirió retirarse y confiar el mando del ejército á Mustafá, y á Ballabano, que fué el primero que habia entrado con las armas en la mano en Constantinopla. Hechas estas disposiciones, y prefiriendo por entonces los mirtos á los laureles, voló á su serrallo donde le aguardaba la imagen de Fátima, cuya memoria enardecia su imaginación y consumia en deseos á su enamorado corazón.

Abed-Ker, aprovechando la ausencia del sultan,

(1) Histórico.

reiteraba sus visitas á Fátima, cuya presencia se hacia cada día mas necesaria á su dicha. La nueva sultana, á fin de autorizarlas y no hacerlas sospechosas á los vigilantes, fingió una indisposición, para la cual como facultativo prescribió aquel que tomase en el baño el *Serkis* (1): esto merece explicación para mis lectoras.

(1) Este es uno de los secretos para conservar la hermosura, que esplico seguidamente, así como iré intercalando los demás en el testo.—*El autor.*

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco es una excelente escritora.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

